

**EL GRITO**  
DE  
**INDEPENDENCIA.**  
**COMEDIA**

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ESCRITA POR

EL PROFESOR DE INSTRUCCION PRIMARIA,

**ALBERTO LOPEZ LOZANO,**



como homenaje de  
gratitud y de recuerdo á los héroes de  
la Patria en 1810

NOVIEMBRE DE 1902.  
SAN DIEGO DE ALEJANDRIA.—JAL.

TIP. DEL COMERCIO—AGS.

PQ7297  
.L6  
G7

515

PQ7 297  
.L6  
G7

25



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS



DEDICO ESTE HUMILDE TRABAJO  
AL H. AYUNTAMIENTO DE SAN DIEGO DE  
ALEJANDRIA, EN EL PERIODO DE

*1903.*

ALBERTO LOPEZ LOZANO.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

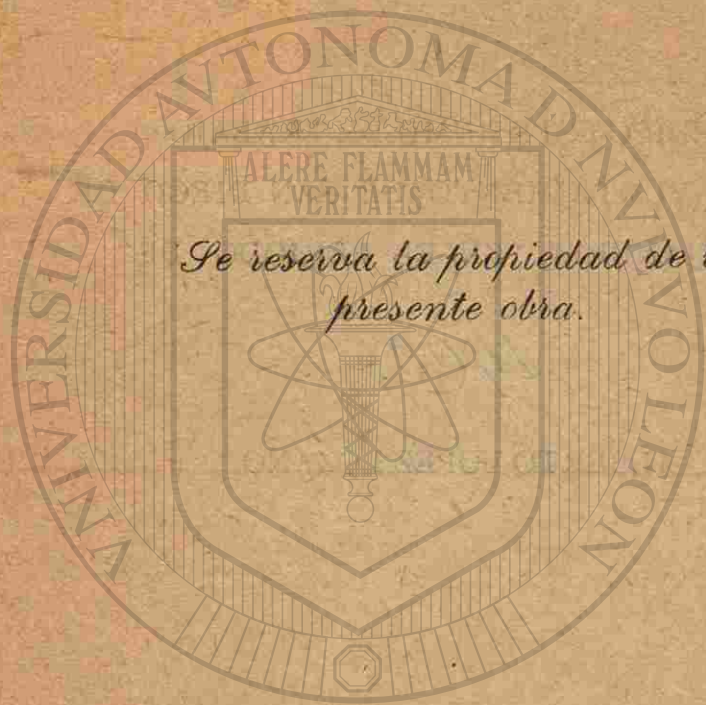


UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
FONDO EMETERIO  
Biblioteca Valverde y Tellez

PQ7297

26

47



*Se reserva la propiedad de la presente obra.*



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

EL GRITO DE INDEPENDENCIA.



PERSONAJES.

PATRIA, (representada por una joven.)— HIDALGO.— ALLENDE—ALDAMA—ABASOLO—DOLORES, (hermana de Hidalgo.)—PÉREZ, [enviado de Doña Josefa Ortiz.]—ALCAIDE Y PRESOS.

*Casa de Hidalgo en el memorable é histórico pueblo de Dolores (Gto.) Sala muy humilde con muebles de aquella época: una mesa, un estante con algunos libros, un reloj, una silla y una imagen de la Virgen de Guadalupe, puertas laterales, y al fondo.*

ACTO 1º.

ESCENA Iª

*Hidalgo solo, sentado en una silla y con la mano en la frente.*

HID.—Horrible pena . . . . . Oh! como me conmueve el sufrimiento de la raza azteca dominada hace tres siglos por España . . . raza privilegiada en otros tiempos, mas felices, y que alcanzó á ser, por sus grandes ac-

40722



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

ciones guerreras, la dominadora de las demás naciones que pisaron este Continente. Pero... Ahora ¿dónde están sus glorias, donde están sus bríos... ¿dónde están sus azañas?... ¿Dónde está para este desdichado pueblo aquel valor tan indómito que hizo temblar de asombro al mismo Conquistador la inolvidable noche triste?... ¡Ah todo acabó! si, por que todos estos recuerdos están envueltos en el mas profundo misterio, y solo el tiempo recorriendo las edades, podrá algún día descubrir el secreto del porvenir... revelando á las generaciones venideras el arcano de sus dichas ó de sus más terribles desgracias. Cuando tendrán su verificativo los sueños de Moctezuma I. El vaticinio precioso de Cuiclahuatzin, y las hazañas heroicas de Cuauthemoc... cuando se cumplirán las profecías de los oráculos de aquellos tiempos, que anunciaban la caída del pueblo azteca, lo cual se cumplió; pero que al poco tiempo quedaría enteramente libre, promesa que hasta hoy no se ha cumplido? Ahora: Donde está el atavío y compostura de las hijas del Anáhuac mujeres hermosas que vestían ricamente, adornando sus trajes con oro y piedras preciosas? Ahora, donde están todos esos tesoros? Que hiciera el joven Cuauthemoc si dejando por un momento el sepulcro presenciara el abatimiento deshonoroso de este miserable pueblo, que olvidando el valor de sus antepasados, se humilla hasta el grado de dejarse conducir cual oveja al matadero? Todo esto me contrista y me hace pasar las noches lamentando la horrible suerte de nuestra raza, y sintiendo el peso de sus terribles desgracias. ¡Oh! si me fuera posible arrancarle ese yugo maldito que le impuso la fiera España, yo rompería sus cadenas, yo sacrificaría mi vida por darle independencia y libertad: pero por más esfuerzos que he hecho, no cuento más que con muy pocos partidarios; y además, me falta el dinero, las armas, sin embargo, es preciso seguir este pensamiento... aunque carezca de todo elemento revolucionario porque con él alcanzará mi Patria su perdida libertad.

*Hidalgo y Dolores que entra.*

DOL.—Miguel por Dios, ¿qué te pasa? Hace mucho tiempo te desvelas no se por qué, y además te noto cierta tristeza pues hay veces que te encuentro dormido, pero en la misma silla en que estás sentado y con la cabeza inclinada sobre el pecho; si te acuestas, noto no puedes dormir porque á las primeras horas de la mañana te veo levantado dando vueltas como si hubieras perdido el uso de la razón; todo esto me aflige mucho, y más cuando sé que ni siquiera quieres comer. Dime cual es el motivo de tanta pena? Quizá yo pueda aliviar tu sufrimiento.

HID.—No hermana, se te figura, pero yo siempre he tenido este modo de vivir, recuerda que siempre, á las horas más avanzadas de la noche, cuando todo permanece en silencio, entonces, es cuando yo me gozo en las contemplaciones más preciosas, contemplaciones que tocan el corazón del Padre que estudia la manera de hacer felices á sus queridos hijos; por eso me desvelo, pues tengo muchos hijos á mi cuidado y mientras ellos descansan yo busco el medio de hacerlos dichosos. Qué te parece este pensamiento?

DOL.—Ya lo sé que como sacerdote está en tu deber hacerlo, pero no hasta el grado de acabarte la vida; que no piensas que este modo de vivir pueda traerte la muerte? Es mucho lo que trabajas y por lo mismo necesitas también mucho descanso.

Ahora, ¿qué te preocupa á ti la suerte de estos infelices? pues yo creo... te aflige verlos oprimidos y hambrientos porque son tan miserables, que al lado de sus ingratos señores, no tienen siquiera el modo de vivir. En verdad que compadezco su triste situación.

HID.—Si hermana, terrible muy terrible es el infortunio de estos desgraciados hombres, por eso de día y de noche me encuentro en profundas y largas meditaciones.

DOL.—¿Y puedes encontrar remedio á sus males?

HID.—Yo creo que sí, y el principal remedio que puede haber es preparar á este pueblo para que dejando las cadenas que le oprime, sepa conocer sus derechos usurpados, que comprenda que no nació para ser esclavo, pues la historia de las naciones en todos los tiempos nos manifiesta, que unas han sido dominadas por las otras, pero pasado el tiempo, han conseguido su independencia y libertad. Entonces, ¿por que dejar perecer al pueblo nuestro, bajo el amparo hipócrita de esa nación hostilizadora que en trescientos años de conquista, solo ha sembrado la desgracia y la miseria... más espantosa?

DoL.—Dime hermano, ¿qué ha sido muy ingrata esa nación que se precia de culta y civilizada?

HID.—Sí, porque desde que Hernán Cortés pisó las playas mexicanas, hasta nuestros días, su delirio es avasallar, destruir y hacer derramar lágrimas al pobre mexicano; porque el español es ambicioso y por sacar los tesoros de nuestra querida Patria, han sacrificado vidas, deshonrado hogares, y por último, han dado la muerte á los hombres más nobles con los martirios más horribles y degradantes.

DoL.—Sí Mignel, ya recuerdo me has dicho de qué modo martirizó Cortés al valiente Rey azteca... quemándole los piés con aceite hirviendo, y esto, para que confesara donde se encontraban sus ricos tesoros. ¡Qué infamia!... ¡Qué ingratitud!

HID.—Y ha sido tanta la crueldad de estos sanguinarios hombres que de veintisiete millones de habitantes que contaba el antiguo reino azteca, hoy queda reducido á mucho menos de la mitad; pues la guerra, el hambre, la peste, la matanza y los que han salido de esclavos por las diferentes costas del Océano, hace que nuestro pueblo se encuentre reducido á la humilde cifra de once millones; y al paso que caminamos, me supongo dentro de pocos años, si el mal no tiene remedio, solo quedarán españoles en la nueva España.

DoL.—Que horror me causa saber el resultado de tan terribles escenas, mi corazón como el tuyo también empieza á sufrir;... Dios mío de bondad y misericor-

dia... Virgen santísima ampara á los mexicanos para que por tu divina gracia alcancen algún día el remedio en sus aflicciones... madre mía, compadécete de ellos, enjuga sus lágrimas, dales resignación y participales el sentimiento precioso del patriotismo, para que despierte en sus pechos el entusiasmo por su independencia y libertad.

HID.—Deja ya este lugar y vete á acostar, pues el reposo calmará tu excitación... por lo mismo no quiero que sufras, busca la distracción y deja ya de pensar en lo que solo toca pensar al corazón del hombre, pues el tuyo pronto se marchitará como se marchita la flor al rigor de las inclemencias, deshojándose y muriendo al contacto de los primeros rayos del sol.

DoL.—[Tocan la puerta voy á ver]. Es el Sr. Aldama que manifiesta traer un negocio contigo: Puede pasar?

HID.—En el instante mismo, y dile que me tiene á su disposición.

ESCENA 3.<sup>a</sup>

*Hidalgo, y Aldama que entra.*

ALD.—Sr. Cura, cuanto me alegro de veros.

HID.—El contento es para mí Sr. Aldama, porque esperaba con ansia la visita que Ud. noche á noche me hace. Sentémonos y hablaremos lo que tanto nos interesa.

ALD.—¿Cómo la ha pasado señor?

HID.—Amigo mío he tenido tanto que sufrir, que no es posible explicarlo. Acaba Dolores de descubrir el secreto de nuestro pensamiento y al verme abatido por la más honda pena, su corazón tan joven y lleno de ilusiones ha tenido que sentir el más grande tormento pues hace poco me acompañaba, y acaba de retirarse á su pieza, sumida en el más amargo pesar.

ALD.—¿Y es indiferente á la causa que tratamos de defender?

HID.—No Sr. Aldama, por el contrario, á pesar que no me declaré del todo respecto de nuestra empresa, sino solo le hice ver el dolor que me causa el sufrimiento de nuestra humilde raza, sin embargo, la ví tem-

blar pero no de temor, sino de entusiasmo, pues mis palabras cayeron en su corazón como fuego abrazador y la ví que llena de entusiasmo solo deseaba saber cual sería el hombre destinado por Dios para tan atrevida empresa.

ALD.—Esto me alegra demasiado porque su tierno corazón al dar principio nosotros á tan grandiosa obra, no tendrá que sufrir tanto, porque al fin es su hermana y tendrá que sentir la misma muerte al palpar el acontecimiento, y su violenta separación.

HID.—En efecto, el motivo es más que suficiente, por ser la única hermana y la que me ha acompañado siempre manifestando quererme con todo el corazón. Bueno será prepararla un poco más; ¿qué no le parece á vd. el paso que ella misma acaba de dar preguntándome el motivo de mi despego á mi propio bien y conservación, sea un aviso que ella misma se prepara?

ALD.—Sí, señor Cura, y aviso muy acertado.

HID.—Bien, hablemos pues de otra cosa, los negocios caminan bien?

Ald.—Caminan en muy buen estado, y yo creo pronto a llanaremos las dificultades tan poderosas que se presentan, pues como vd. sabe, tenemos muy pocas armas, y armas en muy malas condiciones, fondos pecuniarios y en fin, resolución en las personas que secundan nuestra arriesgada empresa.

Hid.—Así es que no los encuentra firmes en sus propósitos?

Ald.—No señor, se les nota mucho desaliento, mucho temor, pues creén que de un momento á otro los aprehenderán como traidores y serán víctimas de la más afrentosa muerte.

Hid.—Sr. Aldama es que el pobre indio ya se impuso á sufrir, pero no hay que perder la esperanza seguros de desvanecer todas las dificultades que se presenten. Yo haré que ese Pueblo que ahora tiembla de temor, se convierta en leon furioso haciendo huir de terror al soberbio soldado español, yo haré que luchen cuerpo á cuerpo desafiando no al peligro, si no hasta la misma muerte, por fin dentro de poco, yo haré que és-

te pueblo, sea un pueblo de valerosos soldados y que en lugar de huir se entreguen al enemigo seguros de la victoria.

Ald.—Ojalá que así suceda para de un solo golpe derribar el poderoso trono Español.

Hid.—Así lo haremos, y tengamos confianza en Dios, que él es el que guía nuestras acciones, en el supuesto de que son enteramente sanas, pues como Ud. sabe, se trata nada menos de hacer libre á la luz de la razón y la justicia, á la patria que nos vió nacer.

Ald.—Voy como siempre á preparar el terreno, seguro de que alcanzaremos lo que tanto deseamos, y ya volveré á informar á Ud. de los acontecimientos que se vayan sucediendo.

Hid.—Muy bien, confío en sus palabras; esperando con ansia el dichoso día en que aparezca para todo mexicano la aurora bendita de la Libertad.

Hid.—Solo—Que tranquilo he quedado con la presente entrevista, porque este hombre ha cumplido con empeño, la digna comisión que le he confiado. . . . . Es un genio de corazón magnánimo que desprendiéndose de sus intereses y hasta de su misma familia, se propone seguir la causa santa de la libertad. . . . . siquiera que de este modo se encontraran veinte, veríamos con gusto en poco tiempo libre á la nación que por tantos años ha vivido esclavizada. . . . . Pero. . . . . si esto no es posible, yo estoy propuesto á ocupar el primer lugar en el patíbulo pues mi sangre no será infecunda, levantándose nuevos candillos que defiendan tan preciosa idea. Sí querida patria mía, ensueño de mis más grandes esperanzas, por tí yo seré el primero que bajo al sepulcro pero contento, porque con mi muerte alcanzarás tu Independencia y Libertad.

## ACTO 2º.

ESCENA 1ª.

*Dolores Sola.*

Dios mío, que desventura, esta es la primera vez que mi corazón angustiado siente los tormentos más atroces

por la conversación que tuvimos yo y Miguel, ojalá y pudiera resistir con valor tan terrible tormento, pues mi vida antes tan feliz, se cambia en una época de puras desgracias pues aunque Miguel me dijo me acostara, no pude conciliar el sueño presentándose á mis ojos los acontecimientos pasados, y palpablemente los que de seguro tendrán que suceder; pues ya presagio el cumplimiento seguro de todos ellos, pues afortunadamente me he enterado de todo, debido á la falta de voluntad para dormir: acabo de oír lo que trata Miguel de hacer, hablando de mucha reserva con Aldama acerca de una revolución en contra del gobierno español ¡Oh! que horror me causa saber que mi hermano es el iniciador de esa valerosa empresa, sí, porque estoy segura que sin dar principio á ella, será el primero que baja al sepulcro como el mismo lo acaba de decir. . . . . ¡Dios mío! . . . . . Dios mío! que aflicción, siquiera que cambiara de pensamiento y dejara la empresa que con tanto anhelo se propone seguir. No faltaría un hombre que inspirado por Dios, signiera tan precioso pensamiento; ¡podré así vivir con calma cuando considero el porvenir tan negro que con esto se prepara? . . . . . ¡Podré gozar de los dulces atractivos de la vida pasada, cuando la felicidad sonreía conmigo y me arroyaba con preciosos ensueños de felicidad? . . . . . ¡oh, no, nunca jamás, volverá aquella época tan preciosa para mí! Ya mis ojos que otras veces se deleitaban en contemplar los atractivos de la naturaleza . . . descubriendo á la aurora los secretos de la mañana y gozando en calma los seductores encantos de la tarde . . . . . ya no servirán sinó para llorar á torrentes porque en mi pecho se esconde el puñal más agudo, puñal que con fiereza hiere á mi corazón. . . . . Pero ¿qué hacer? Resignación Dios mío . . . . . resignación porque me siento morir.

Bien comprendo que á pesar de que la empresa que sigue Miguel es peligrosa, por otra parte, es para él muy honrosa por tratar de salvar y redimir á nuestra infortunada Patria, pero qué de tormentos se le esperan los mismos que sufrió Jesús al redimir á la hu-

manidad . . . . . pero si esto es necesario porque Dios así lo quiera, estoy propnesta á sufrir sacrificando también por esta noble idea mi preciosa existencia, pues yo también soy mexicana y podré empuñar el acero para ayudar á mi hermano á pelear . . . . . venga pues el peligro, la muerte por salvar á mi adorada nación. (tocan la puerta) Llaman, pero estoy sola, como salir? ¡Oh! que nerviosa estoy y como no, sino he llegado á dormir? y hasta Miguel que otras veces velaba. á esta hora se encuentra enteramente dormido. . . . . quiera Dios que calmen así sus sufrimientos (se asoma) en efecto que tranquilo descansa, no vaya hacer esta la última hora de su vida? Pues temo que algún compañero se cambie en enemigo y denuncie la conspiración, [vuelven á tocar] Dios mío tocan de nuevo el negocio urje, ¿no sea esto lo que acabo de decir? Sí que vengan á aprehender á Miguel para conducirlo mañana al cadalso? (lo vé,) Dios mío que dormido está, así de seguro no podrá librarse; en fin, voy á ver porque yá volvieron á llamar, (sale á la puerta del fondo,) Quien es tan preciso, que á esta hora llama? . . .

PÉREZ.—Yo, Señora, acérquese pronto y abra la puerta, porque vengo con un negocio muy interesante para el Sr. Cura.

DOL.—Pero ¿á esta hora tan indispueta recado para Miguel que se encuentra dormido?

PÉREZ.—Si, señora, le suplico que abra.

DOL.—Cuanto temo, santo Dios ten piedad de nosotros. Pues que comisión traé?

PÉREZ.—Traigo una comisión de Da. Josefa Ortíz.

DOL.—Voy pues á abrir.

ESCENA 2<sup>a</sup>

*Pérez que entra, Dolores y luego Hidalgo.*

DOL.—Pase Ud. que voy pronto á hablar á Miguel.

HID.—[restregándose los ojos,] A la disposición de Ud. Caballero.

PÉREZ.—[sacando una carta] Aquí manda á Ud. esta car-



ta Da. Josefa Ortíz (HID—rompe el sobre, la saca, la lee en silencio, sin decir nada á Dolores que se encuentra asustada)

HID.—(con asombro á Pérez) Vaya Ud. pronto y con mucho sigilo hable en su casa á Aldama, que allí se encontrarán también Allende y Abasolo, deles un recado de mi parte, noticiándoles el acontecimiento, pues me supongo los encontrará levantados. (sale Pérez con violencia)

HID.—[pasándose la mano por la cabeza y con acento desesperado] mala estrella, ya presumía lo que había de suceder, nada menos esta noche dormía con tranquilidad, pero poco antes de hablarme entré por medio del sueño en un abatimiento terrible.

DOL.—Que fué tu sueño, ¿qué dices, te hizo tanto sufrir? . . . .

HID.—Querida hermana, como á mi mente la ocupan hace tiempo terribles presentimientos, soñaba la traición de un compañero desleal y que sin esperar declaración ninguna, me conducían al suplicio . . . . . pero al suplicio más ignominioso y degradante . . . . . pues qué al hablarme no notaste que me encontraba sentado con las manos en la cara, y que sollozaba preso del más terrible dolor?

DOL.—Yo también lo advertí, pero sin adivinar lo que me acabas de manifestar.

HID.—Y sabes por lo que . . . . . lloraba en estos terribles momentos?

DOL.—Porqué hermano mío?

HID.—No por la muerte que recibía, sinó por el escarnio afrentoso de mi degradación como sacerdote á la vista del público, y de los insultos soeces que recibía de los soldados que me iban á ajusticiar . . . . . ¡Oh! si comprendieras cuanto sentía al recibir tan pesada humillación . . . . .

DOL.—Ya te considero hermano muy querido, y que quieres que sufra yo á la vista de las terribles desgracias que se te anuncian por medio del sueño que me acabas de referir? Y creé que á mi también esta misma noche me reveló el corazón el pasaje que te acabo de oír; cuanto temo se realice tan funesta desgracia, por-

que el español es tenaz y vengativo y tu careces de elementos propios para pelear.

HID.—Pero ahora qué remedio si ya estoy por decirlo así al bordo del sepulcro y sinó leé la carta que me acaba de llegar (Dolores lee la carta con precaución)

DOL.—Ya lo vez querido hermano? . . . . . qué haces pues, si te avisan que ya te vienen á aprehender? . . . . . si no te mueves pronto tomando las armas en contra del enemigo, de seguro mañana serás ajusticiado . . . . . Oh que dolor tan grande para mí, dime si así sucede, que pocas horas te quedan de vivir . . . . . como Dios algunas veces por medio del sueño pronostica el porvenir, mejor prefiero verte muerto en la lucha al frente del enemigo con honor y no indefenso . . . . . sin armas, en la plaza pública como criminal confundido y deshonorado.

HID.—Pero el paso que voy á dar si tu no lo entiendes es muy prudente y de muy buenos resultados, pues la Providencia hace tiempo me traza este camino y con gusto lo debo seguir; se ha llegado la hora, no vaciles porque aquí en la tierra todos traemos una misión que cumplir, esta es la mía, y no temas nada, que Dios me cuidará, [se oye ruido, son los caudillos que llegan]

ESCENA 3<sup>a</sup>

Allende, Aldama, Abasolo, Pérez, Hidalgo y Dolores.

HID.—Pasen Udes. señores, (Todos sorprendidos) Sr. Cura, ¿que ha pasado?

HID.—Que han denunciado la conspiración y es preciso para librarnos de la deshonra y de una muerte inevitable, dar principio á la obra en estos mismos momentos.

ALL.—Pero Sr. que determinación debemos tomar en estos criticos momentos?

HID.—La determinación única que nos puede salvar, es tomar las armas antes que el enemigo se acerque, pues según me escribe esa valerosa mujer ejemplar de heroísmo, ya han salido á aprehendernos creyendo muy segura nuestra captura en nuestra propia morada.

ALD.—A mí me parece imposible porque á estas horas no

tenemos gente, ni armas preparadas, faltando hasta los principales hombres que con su dinero y persona nos tratan de ayudar.

AB.—Sr. Cura, sírvase ud. leer la carta que acabo de recibir para saber su contenido y así estudiar los planes que deberemos tomar.

HID.—Ya no es tiempo de estudiar, sinó de practicar, porque si más dilatamos seremos perdidos sin remedio [saca la carta y lee] "El gobierno Español enterado de nuestros planes, por un traidor que os acaba de descubrir, ha dado ya sus órdenes para que seáis aprehendidos y ajusticiados; es el momento de obrar, porque si no tomáis las armas luego, seréis muertos y deshonrados: por lo mismo, mañana ó seréis un heroe ó un ajusticiado." —*Josefa Ortiz de Domínguez.*

ALL.—Los momentos son precisos, pero que hacer si para proceder luego se necesita gente, y esta se encuentra sumida en el más profundo sueño? huir, esta sería la deshonra más grande que pudiera imaginarse.

HID.—Hay un remedio muy eficaz.

ALD.—Cuál es Señor?

HID.—Presentarnos á la cárcel pero pronto muy pronto y con actitud hostil y amenazadora sacar á toda la prisión, me supongo son muchos, los que armaremos con lo que se pueda; pues con este pequeño puñado de hombres daremos el grito de independencia.

Además, se me ocurre otra cosa, llamar á misa en el acto y una vez reunida la gente, que será numerosa por ser Domingo, les hablaré con ardor acerca de nuestra empresa, pues estoy seguro que á mi voz, se levantarán entusiasmados en contra del enemigo.

AB.—Muy oportuna me parece esta medida.

ALL.—Medida muy acertada.

ALD.—Con ese procedimiento nos libraremos de las garras de nuestros contrarios, y quizá conseguiremos el triunfo porque son muchos los que desean unirse á nosotros.

HID.—Pues no perdamos el tiempo, salgamos pronto de aquí, Dolores, manda llamar á misa y dentro de poco aquí estaremos á sacar las armas que tengo.

DEL.—Miguel ¿qué ya te retiras? [saca el pañuelo y llora]

HID.—Sí hermana no te aflijas que la Providencia tan grande velará por nosotros.

Dolores—sola—Qué momentos tan terribles, bien me imaginaba lo que habla de suceder, Virgen santísima amparo de los que sufren en este miserable valle de lágrimas, á tí me acoyo porque eres poderosa y grande; acuérdate Virgen santa que desde mis primeros años á tí solo me he encomendado, no desprecies mis súplicas madre querida, recíbeme en tu maternal regazo... cuando sabes sola me quedo... que haré yo sin tener desde ahora quien vele por mí? Porqué no me llevaste á los primeros años de mi juventud cuando te amaba con más ternura y candidéz? Porqué no cerraste mis ojos á la luz del mundo para abrirlos dichosos en la morada santa donde tu te encuentras? Oh! que feliz fuera á tu lado madre de mi corazón... ahora en este trance... socorre á mi hermano que tanto necesita de tí, ampáralo y defiéndelo en la peligrosa lucha que van á emprender, atiende madre mía á que defienden una causa enteramente justa. Si porque preciso es, pue haya un hombre de corazón esforzado que levante al pueblo que sufre, y lo conduzca á los combates; necesario es, que haya un libertador que despreciando su vida se entregue al enemigo para encender la llama del patriotismo; y forzoso es, que el pueblo ofendido se levante en armas contra el déspota que le oprime ¡Venganza justo cielo, contra esa raza infame que bajo la careta de civilización y de progreso, solo ha podido sembrar lágrimas y desolación en este desventurado suelo! Lanza rayos de justicia contra el ingrato español que tanto nos hace sufrir... Patria querida, por tí voy á sentir la pena más grande, la separación del hermano que tanto quiero, hermano cariñoso, en quien cifraba toda mi dicha y felicidad; hermano que mucho me amaba, y sin embargo ahora me deja por seguirte á tí... Recibe pues el sacrificio más grande de mi vida, cuando sola me quedo, expuesta á las más horribles afrentas porque tu seas dichosa y grande: no olvides que hay un corazón de mujer que

por tí palpita, y que si necesario es, será el primero que se sacrifique . . . . . como holocausto ante el altar de tus recuerdos.

### ACTO 3<sup>o</sup>.

#### ESCENA 1<sup>a</sup>.

*Dolores sola.*

[Con tristeza] Qué largas pasan las horas, cuando se sufre y se espera . . . . . hace poco que salieron y sin embargo estoy desesperada por saber el resultado; temo mucho por todos, pero en alto grado por Miguel (se acerca al balcón asomándose) pues me causa lástima verlo tan avanzado, motivo por lo que no podrá librarse en los mayores peligros; qué diera yo por verlo a la edad de treinta años, cuando manejaba el caballo con destreza y agilidad? así tuviera muy poco que temer por él. (se asoma) se oyen vivas y aclamaciones, de seguro fueron felices; Dios mío, sé su amparo y protección. [se oye ruido y aclamaciones entusiastas]

#### ESCENA 2<sup>a</sup>.

*Dolores, Hidalgo, Allende, Aldama, Abasolo, Perez y*

*presos.*

PRESOS.—¡Viva México! ¡Viva el Sr. Cura Hidalgo!

HID.—Pasen y en orden, formen aquí. (Entra y saca las armas) Señores, ya que con tanta voluntad venis con nosotros para defender á la patria, peleando por ella hasta morir, yo os suplico no me abandonéis en el peligro, luchad con valor seguros de obtener el triunfo; y llenaos de orgullo porque México también ha sabido crear en su raza predilecta, hijos decididos y valientes; entrad pues con fé y arrojo á los combates y la victoria será nuestra, no hay que temer nada supuesto que nacimos para morir; y yo os aconsejo que no te-

máis el peligro, por el contrario . . . desafiad al mismo peligro . . . prometedme que guardaréis por la patria fidelidad y valor. [Presos. Lo prometemos.]

HID.—Sí, primero muertos que rendidos porque esto será el lema de nuestras acciones, Viva la patria (presos, que viva)

HID.—Viva nuestra señora de Guadalupe—presos, que viva—HID.—abajo los infames—presos, abajo.

HID.—Que muera la esclavitud—presos, que muera.

HID.—(Se dirige á sus generales) Compañeros: aquí tenéis á estos hombres desnudos y hambrientos que por seguir nuestra luminosa idea, se proponen morir al frente del enemigo; y espero que como ellos, nos ayudarán también todos los que en el atrio del templo se encuentran reunidos, pues son hijos de la misma raza y hermanos de la misma causa, motivos que me hacen confiar; salid pues á la calle entendidos que dentro de pocos minutos estaré con vosotros (salen á toda prisa por la puerta del fondo)

HID.—(al pueblo) "Hijos de México" El reloj de los tiempos ha marcado la hora bendita de la libertad . . . por fin después de tantas lágrimas el vaticinio de Moctezuma se ha cumplido cuando dijo que su pobre raza sería esclavizada por muchos años, sufriendo horribles tormentos, pero que pasado el tiempo, se levantaría terrible y fuerte como las temibles olas de un mar embravecido y arrollaría por completo al trono Español, por lo mismo aquí me tenéis no para celebrar el sacrificio de la misa, sino para que me sigais á combatir en contra de los tiranos, que á esta hora, se dirigen á mí para aprehenderme. Aquí tenéis compañeros muy leales, que dejando la celda de la prisión, se preparan á pelear en defensa de la patria tan amada . . . la morada preciosa de nuestros antepasados, y el jardín encantado donde se recreaban las hermosas jóvenes aztecas orgullo de nuestro suelo. Aquí tenéis también Generales esforzados y aguerridos que palpando lo agudo de nuestros sufrimientos dejan sus hogares, y se lanzan al peligro seguros de reconquistar nuestra antigua libertad.

No temáis las afrentas, el castigo, ni la muerte misma en el supuesto de que yo os acompaño como Jefe en defensa de tan sangrada causa, confiad en mí que os amo y que por haceros dichosos, como Sacerdote y como Caudillo, os guiaré siempre por el recto camino de la felicidad.

En estos momentos de gloria ya distingo para la patria nuevos horizontes de engrandecimiento. El ángel de la dicha vuela presuroso hacia nosotros trayéndonos como premio, el laurel de la Victoria. También el libro que guarda el recuerdo de todas las edades, y en el que se encuentran marcados con letras de sangre nuestros sufrimientos y desgracias, abre sus páginas para escribir con letras de oro la página preciosa de nuestra dicha cual es, la de nuestra Independencia y libertad. Confiad en la providencia que á esta hora nos protege, quiero saber vuestra determinación.—Pueblo todo.—A las armas.—A la Guerra.

Hid.—Viva México. [Pueblo, que viva]

Hid.—Viva la Independencia. (Pueblo, que viva).

Hid.—Viva la Libertad. (Pueblo, que viva).

ESCENA ULTIMA.

*Hidalgo, y la Patria que sale con cadenas en los pies.....*

*una corona en la mano, y su pañuelo*

*en la cara llorando.*

Hid.—Patria querida embelezo de mi alma... ¡Inspiración sublime de mi sentir, joven encantadora por quien tanto he sufrido... Ensueño precioso de mis ideas... ilusión grandiosa del porvenir... desde joven ya te amaba con delirio y desde la época feliz, en que aun no me era posible articular tu delicado nombre; pero entonces, me era imposible manifestarte mis sentimientos y darte pruebas de mi amor... Aquí tienes al último de tus hijos y el que reniega de verte en la situación en que te encuentras... cuando me puede verte

aprisionada con esas cadenas tan pesadas que la infame España te colocó en los pies... ya no llores querida Patria mía, porque tu suerte desde ahora se trocará en una era preciosa de felicidad; ya no tendrás que sentir la afrenta y la deshonra... ya no serás la esclava... sino la reina... porque el hijo que tanto te adora romperá tus cadenas para siempre... [rompe las cadenas y las aparta à un lado]... ya estás libre enteramente, ya no volverás á sufrir la tortura ignominiosa de la esclavitud; desde ahora las naciones todas te respetarán... y tu serás la joven predilecta de este hermoso Continente. (toma una espada y se la dá) desde ahora empuñarás esta espada... para librarte de las naciones que pretendan ultrajarte... y tu cabeza depositará con orgullo... la bendita enseña de la libertad... serás grande en las ciencias y las artes, y tendrás relaciones políticas con todas las naciones del mundo... Ya me voy á pelear por tí... seguro de que alcanzarás... Paz, Progreso y Felicidad.

Patria.—Hijo muy amado en quien descansan todas mis esperanzas, yo premiaré tus afanes llamándome desde hoy "Patria de Hidalgo" colocando en tu cabeza esta corona, como galardón de sincera recompensa. [Hidalgo se vá y la patria se queda.]

*Telón muy dilatado, entre tanto, la música toca el Himno Nacional, armonioso y piano.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UAN

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO  
CCION GENERAL DE BIBLIOTECAS